

Formación de educadores de adultos en el Centro Preventivo Sur de la Ciudad de México

Rosalba Canseco Aguilar

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL, UNIDAD AJUSCO, MÉXICO
mrcanseco@upn.mx



Introducción

Abordamos aquí el trabajo educativo realizado con internos del Reclusorio Sur de la Ciudad de México, mismos que se venían desempeñando como educadores de adultos con sus compañeros de reclusión. El curso taller impartido, *Educación básica para adultos*, prestó atención a cuatro ejes temáticos: antecedentes de la educación básica para adultos en México; reconceptualización de la educación básica para adultos (alfabetización, primaria y secundaria); implicaciones metodológicas de la edu-

cación básica para adultos; y planteamientos metodológicos implicados en los programas vigentes.

Esta experiencia fue un proceso con su propia dinámica, con sus contradicciones, en el que fue posible diferenciar tres etapas: la primera correspondió al primer día de trabajo y podría ser definida como de *acercamiento y búsqueda*, acercamiento como docente y de búsqueda de intereses de los educadores reclusos participantes; la segunda etapa se caracterizó por la identificación de los prin-

cipales *problemas y contradicciones* y por la *consolidación* del curso taller; la tercera etapa podría ser definida como la *concreción de un plan de trabajo para el programa de educación básica para adultos al interior del Reclusorio*, que fue reelaborado durante el proceso.

Actividades y resultados

Primera etapa: búsqueda y acercamiento

Sin experiencia de trabajo en un penal, no fue fácil para mí ver a los reclusos como educadores; me enfrentaba yo a lo desconocido, temía ser rechazada por mis alumnos o ser incapaz de responder a sus expectativas. Pero la convicción de que se trataba de un curso alternativo de formación de educadores de adultos y que la preparación de los internos podría ser determinante para los reclusorios siempre prevaleció.

Como siempre en el trabajo de campo, la entrada en el lugar en que se va a laborar es crucial, pues los alumnos, y de hecho todas las personas, tienen expectativas y prejuicios que uno ignora. Desarrollé para comenzar actividades que promovieran la distensión y el encuentro afectivo. Las expectativas fueron trabajadas a partir de lo deseado: lo que me gustaría saber (propósitos del curso, aplicación de lo aprendido, qué métodos y procedimientos ofrece el curso, cómo manejar el material de apoyo, conocimiento de los procesos de aprendizaje); lo no deseado: lo que no me gustaría (que no se concluya el curso, que no se logre el objetivo, que se rompan las reglas establecidas al principio, que exista apatía, que no haya crítica constructiva, que los participantes no lean); y qué estoy dispuesto a hacer durante el curso (máximo aprovechamiento, tolerancia y respeto hacia los demás, amplia participación y disposición, aportar experiencias, puntualidad y asistencia). Todo ello fue eliminando tensiones y nerviosismo y disipando el clima de ansiedad generado al principio. Del buen manejo de este primer encuentro dependerá en gran parte la calidad de la comunicación durante el curso.

En principio, las limitaciones del curso a impartir son esencialmente las mismas que se presen-

tan en un salón de clases común y corriente, aunque quizá más agudas. Opté por recrear el curso que llevaba planificado para que adquiriese la forma de taller, destacando las múltiples actividades que un educador de adultos tiene que realizar durante su quehacer educativo, favoreciendo la participación activa de los estudiantes y promoviendo que ellos mismos construyeran los principios teóricos y prácticos de la educación de adultos. Los estudiantes no deberían desempeñar el cómodo papel de objetos receptores del conocimiento, sino asumir el papel de sujetos, de personas que elaboran el conocimiento. Y yo como educadora debería promover todo ello, debería permitir ser cuestionada como profesora y convertirme, como ellos, en educador-educando.

Socializamos mucha información en esta primera etapa: la edad de todos nosotros, nuestra escolaridad, sus actividades como educadores dentro del penal y la satisfacción que ello les representaba. Formamos equipos de trabajo que profundizaron en algunos aspectos escogidos por ellos y quedó claro que es posible desarrollar un trato de espontaneidad y confianza entre docente y alumnos, que puede establecerse una relación afectiva entre unos y otros. Lo más importante fue que se reconocieron y fueron reconocidos, en ese lugar y en ese momento, como educadores de adultos.

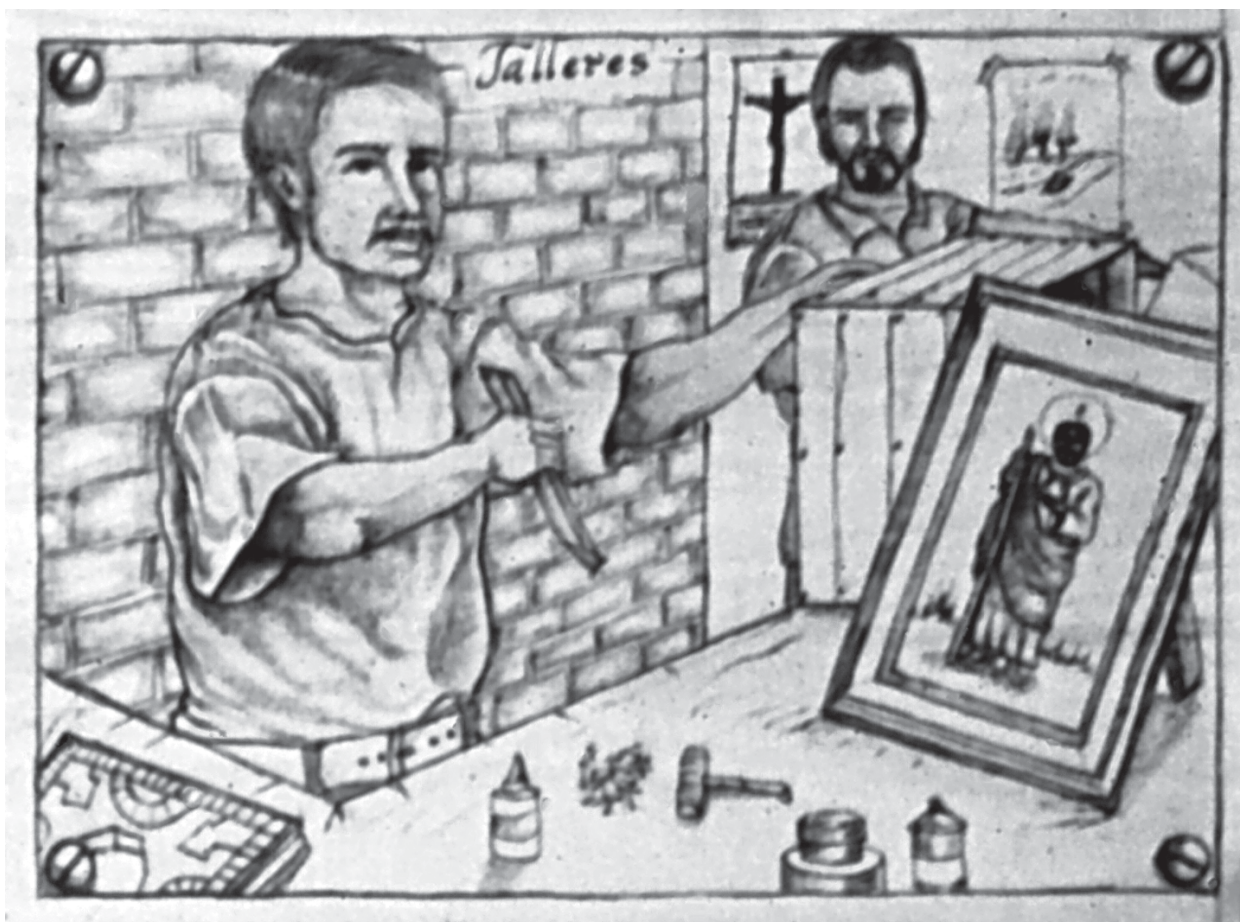
Segunda etapa: problemas,

contradicciones y consolidación del taller

Durante la primera etapa avanzamos en la reorganización del plan de trabajo, y en la segunda continuamos con dicha reorganización al analizar más profundamente la práctica educativa de los participantes e ir definiendo otra práctica educativa diferente a la tradicional. Había muchas contradicciones teóricas y metodológicas entre los participantes, por lo que se procedió a realizar una serie de lecturas críticas (trabajo individual que incluyó la elaboración de fichas) seguidas de discusión (trabajo colectivo sustentado en el trabajo individual).

Procedimos luego a analizar los contenidos del programa de educación básica y a reflexionar sobre ello, para pasar a hacer después una serie de consideracio-





nes metodológicas sobre la educación de adultos, basándonos en la experiencia de los participantes como educadores de adultos y en la de todos nosotros durante el taller.

Algunos de los puntos discutidos, que constituyen una propuesta de trabajo para próximos talleres, son:

- Reconocernos como educadores de adultos.
- Reconocer a los sujetos educandos.
- Reconocer los saberes de los educandos y valorarlos.
- Reconocer los valores humanos de los educandos: convivencia, participación, solidaridad, responsabilidad y compromiso.
- Reconocer que se enseña, se aprende y se vive con alegría.
- Reconocer la diferencia entre la experiencia y la teoría.
- Recrear un acercamiento a la vida popular.
- Reconocer un valor esencial entre educador y educando: la confianza.

- Reconocer que el educador de adultos colabora, desarrolla el ingenio, la creatividad y la percepción, dejando así una enseñanza.
- Reconocer que el educador de adultos planea responsablemente y además tiene que aprender a negociar y balancear sus intereses personales con los intereses colectivos.

Al comenzar el taller los estudiantes tenían la idea de que la profesora es la que sabe y debe contestar lo que ellos quieren; constantemente medían fuerzas para ver hasta dónde la maestra dominaba los temas tratados, por lo que sus intervenciones eran demasiado rígidas. Después asumieron un papel de dejarse conducir por la maestra. De todas formas, a lo largo del desarrollo del trabajo se plantearon dos concepciones opuestas: la que su propia práctica como educadores de adultos tradicionales les ha dejado y el conjunto de reconceptualizaciones surgidas en el curso del taller. Las motivaciones de los participantes para tomar el taller eran también diversas: algunos sabían algo

sobre su contenido, otros sabían que su participación les aseguraba una reducción en el tiempo de condena, otros más llegaron con mucho compromiso y dedicación mientras todavía otros no sabían bien qué esperar.

En ocasiones la situación llegó a estar cerca del caos. Los participantes no tenían experiencia en cursos en los que ellos podían tomar decisiones de acuerdo con sus intereses individuales y colectivos, sentían temor a expresar sus creencias y sentimientos y tenían miedo a ser criticados y rechazados por sus compañeros; algunos participantes hablaban simplemente por hablar y la entrega de materiales fotocopiados por parte de la institución fue inconsistente

Tercera etapa: concreción del Plan de Trabajo

Contamos ahora con un Plan de Trabajo para el programa de educación básica para adultos al interior del Reclusorio. Dicho Plan quedó estructurado de tal forma que las sesiones se dividieron en dos tiempos: uno con énfasis en el aprendizaje, reflexión y análisis de los contenidos del curso; el otro que privilegió la afectividad, que es lo que le dio vida y sentido al curso.



© Gilberto Ceceña

El mundo de los reclusos clama por cambios significativos, cambios de mentalidad que se correspondan con cambio de actitudes, de nuevas formas de vida y convivencia entre hombres y pueblos. La educación que impartí en el reclusorio priorizó los aprendizajes afectivos, cuyos propósitos no se alcanzan fácilmente, ya que no se logran con exposiciones orales ni con lecturas ni con consignas teóricas: se alcanzan a través de vivencias y de experiencias reales para los alumnos.

Recomendaciones para la acción

1. Los pasos seguidos en el taller no deben ser tomados como algo rígido y válido para cualquier práctica educativa al interior de un reclusorio, ya que solamente son una forma de posibilitar el surgimiento de educandos críticos y conscientes de su papel en el proceso de aprendizaje.
2. Quiero destacar la importancia, a todo lo largo de este trabajo, de sus componentes afectivos. Todos los participantes mostraron necesidades que tenían que ver con su reconocimiento como educadores y con su autoestima. Aprender a entenderlos, comprenderlos y quererlos fue una parte muy importante del proceso.



Lecturas sugeridas

SCHMELKES, SYLVIA (coord.), 2000. *Antología. Lecturas para la educación de adultos. Aportes de fin de siglo*, tomo v: Formación de formadores, INEA/Noriega, México.
limus@noriega.com.mx
www.noriega.com.mx

SCHMELKES, SYLVIA Y JUDITH KALMAN, 1994. *Educación de adultos: estado del arte*, INEA, México.
schmelkes@yahoo.com
kalman@data.net.mx
vlatapi@inea.gob.mx